

Mateo 10:34-42

Mateo 10:34-42 Pentecostés 6, 1999

³⁴No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. ³⁵Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; ³⁶y los enemigos del hombre serán los de su casa. ³⁷El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; ³⁸y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. ³⁹El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará.

⁴⁰El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. ⁴¹El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá; y el que recibe a un justo por cuanto es justo, recompensa de justo recibirá. ⁴²Y cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa.

Hay algunos autores que dicen que, si la iglesia va a crecer, no hay que desanimar a los que podrían ser convertidos, o a los miembros nuevos, hablándoles de los resultados negativos de seguir a Jesús. Según ellos, se debe hablar solamente de las bendiciones y los beneficios de ser cristiano. Sólo después, cuando tal vez sean muy maduros y experimentados, se puede tratar de algunos de los dichos “duros” del Señor.

De nuestro texto, es evidente que Jesús mismo no estaba de acuerdo con esos autores. No era su propósito ganar ni retener a discípulos por medio del engaño o por promesas falsas. Jesús no quería endulzar la dura realidad de lo que puede significar ser un discípulo fiel, sino habló con franqueza y honestidad del costo potencial del discipulado. Pero, por otro lado, no quería que esto desanimara a los seguidores. También les daba lo que era necesario para evaluar el costo del discipulado, y a ver que no sólo vale la pena ser discípulo de Jesús, sino que en realidad trae grandes beneficios, tanto que todo lo que cueste vale la pena. Esta mañana queremos meditar en nuestro texto bajo el tema: El costo y el galardón de seguir a Cristo.

Cuesta seguir a Cristo. Para algunos el costo es más evidente, y para otros menos. Pero el costo siempre está allí. El costo puede tomar la forma de oposición de parte de los miembros de la misma familia y los parientes, o puede tomar la forma de oposición y sufrimiento en general que se debe a su confesión de Cristo, oposición que en algunos casos puede significar la

muerte del cristiano. Vamos a considerar lo que dice Jesús aquí del costo de ser su discípulo.

Cristo dijo: “No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada.” A primera vista estas palabras nos sorprenden. Cuando Cristo nació, los mismos ángeles anunciaron: “¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” Ya el Antiguo Testamento lo había llamado “Príncipe de Paz”. Y ahora Cristo dice: “No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada.”

Para entender esta paradoja, se tiene que ver de qué paz se está hablando en cada caso. Es muy cierto lo que los ángeles anunciaron: “En la tierra paz, buena voluntad para con los hombres”. Pero están hablando de la paz con Dios. Cristo, por medio de su vida santa y perfecta que llevó en lugar de la humanidad, y su muerte en la cruz para expiar todos sus pecados, en verdad logró la paz con Dios. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Cor. 5:19). De modo que la Escritura puede decir de él: “Porque él es nuestra paz”. Porque Cristo ha pagado por todos nuestros pecados, y los ha quitado de por en medio, no existe ahora motivo para que Dios nos sea hostil y nos castigue. Existe la paz con Dios. Pero existe solamente en base de la obra expiatoria de Jesucristo y por su gracia, sin ninguna contribución humana.

Y eso es lo que explica la otra expresión que Jesús usa en nuestro texto: “No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada”. Allí no está hablando de la relación del creyente con Dios, sino la relación de los hombres aquí en la tierra, algunos de los cuales creen el mensaje de paz con Dios, y otros no. El hombre natural se ofende por el mensaje de que él y sus esfuerzos no valen nada, que toda la salvación es por la gracia de Cristo. Así que resulta hostilidad al mensaje cristiano, que para muchos parece subvertir la moralidad, destruir las costumbres antiguas, romper con el pasado. “Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa”.

Cuando surja tal hostilidad, el nuevo cristiano es tentado a abandonar a Cristo para mantener la paz externa en la familia. Pero hacer esto sería un desastre. Guardar esa paz sería perder la paz eterna con Dios, porque separaría de Cristo y de su obra redentora. De esto Cristo nos advierte con las palabras: “El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí”. Es evidente

que el hijo cristiano debe amar a sus padres. Dios mismo lo ha ordenado en el Cuarto Mandamiento. Pero debe amar a sus padres porque ama y teme a Dios. Pero cuando lo que exige la paz con los padres sería infidelidad a Dios y Cristo, dar la preferencia a los padres los convierte en ídolos, porque han tomado el lugar que corresponde solamente a Dios. Este tipo de amor a los padres resultará en perder todo lo que Cristo ganó por nosotros en la cruz. Y es evidente que los padres deben amar a sus hijos. Pero cuando es asunto de amar a los hijos de tal forma que seguiremos su incredulidad, que ya no hagamos caso a lo que dice Dios para mantener una buena relación terrenal con los hijos, entonces han tomado el lugar que corresponde solamente a Dios, y tampoco seremos dignos de Cristo.

Tal vez algunos de ustedes han experimentado en mayor o menor grado la hostilidad de que Jesús habla aquí. Han encontrado el mensaje consolador de la salvación en Jesucristo, han sentido un entusiasmo para que también los familiares y los parientes cercanos tengan el mismo gozo, los han invitado a estudiar el evangelio, a asistir a la iglesia, y – se encuentran indiferentes o abiertamente hostiles a la fe cristiana. A veces inclusive hay amenazas. Se presenta como una traición a la familia, que ha sido católica por generaciones, etc. No debe sorprendernos que haya tal reacción. No debemos dejar que ni la frialdad ni la oposición activa nos disuada de seguir fieles a Jesucristo.

Cristo nos dice: “El que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí”. Según el habla popular, todo lo que nos sea molesto en la vida sería nuestra cruz. Pero no es de esto que Cristo está hablando aquí, Habla de lo que uno sufre precisamente por ser cristiano. Incluye la oposición de los parientes, pero incluye mucho más. Puede ser presiones en el colegio, en el trabajo, en la comunidad. Puede ser persecución de parte del gobierno. Puede ser las burlas de los que antes eran amigos cuando ya no los acompañamos en sus actividades pecaminosas. Cuando la oposición es fuerte, o cuando es prolongada, la tentación será dejar de ser cristiano. No cedan a esa tentación. No lo hagan, aunque la fidelidad a Cristo cueste la vida, porque: “El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará”.

“El que halla su vida, la perderá.” El que pone el valor supremo en preservar su vida en esta tierra, perderá la verdadera vida que el Hijo de Dios vino para traerle. Pero, aunque uno perdiera la vida por su fidelidad a Cristo, encontrará que realmente no ha perdido nada, sino que ha hallado la vida verdadera, la vida que dura por toda la eternidad. “El que pierde su vida por causa de mí, la hallará”. Que Dios nos dé esa fidelidad. Amén.

